

19 Abril 76
17279

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

HORAS
DE CONSULTA,

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON VITAL AZA.

MADRID.
SEVILLA, 44, PRINCIPAL.
1876.

L47 - 6748

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
PRESS

1918

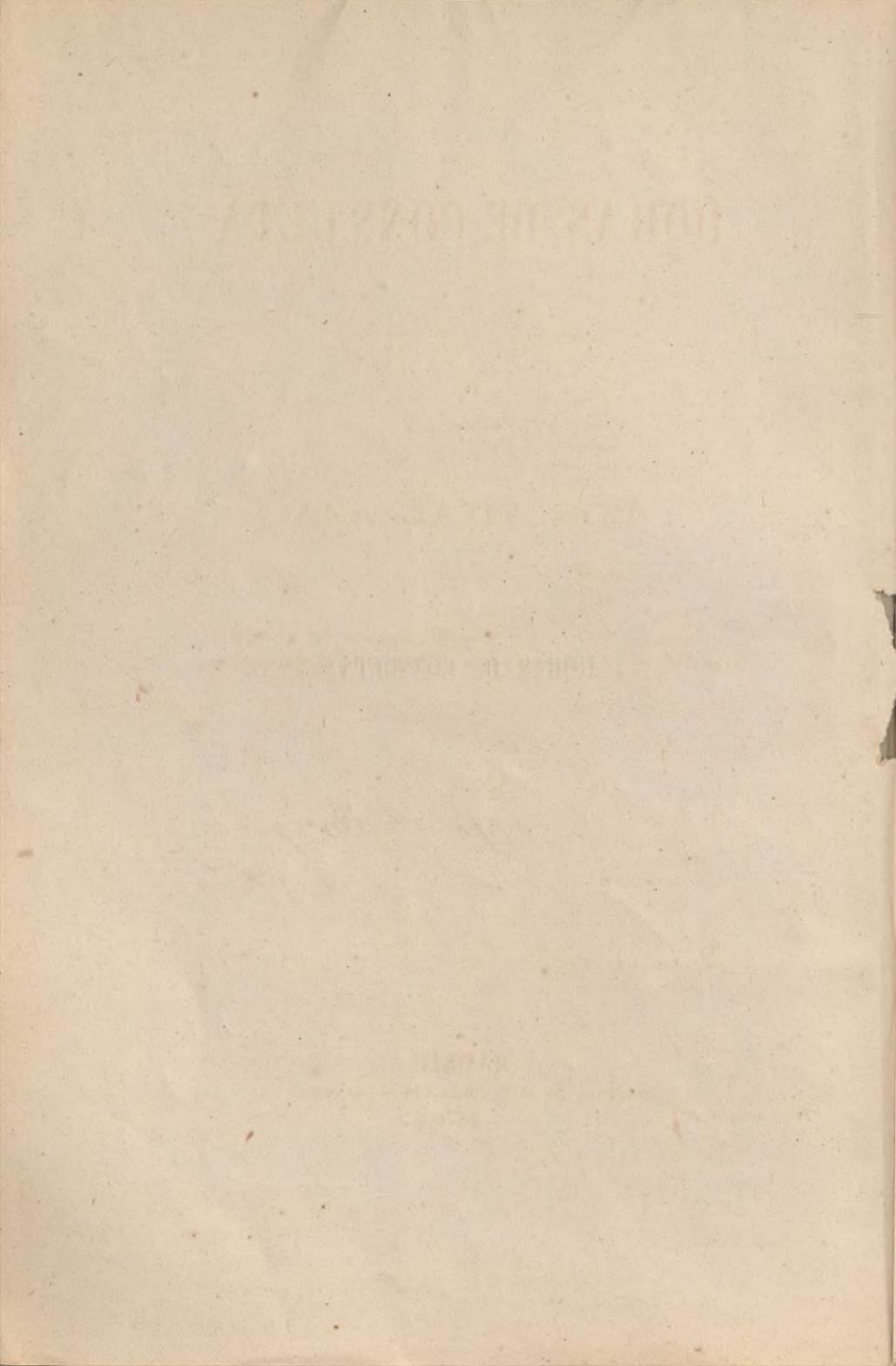
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL., U.S.A.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

HORAS DE CONSULTA.

Toié Rodriguez
[Signature]



55-8

HORAS DE CONSULTA,

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON VITAL AZA.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA la noche del 1.º de Abril de 1876, en el beneficio del primer actor cómico D. Ricardo Zamacois.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

| | |
|---------------------------------|---------------------------------------|
| PETRA..... | SRTA. FERNANDEZ (D. ^a D.). |
| DOÑA TECLA..... | SRA. CALMARINO. |
| INÉS..... | SRTA. MORERA. |
| DON ONOFRE..... | SR. MARIO. |
| CALIXTO..... | SR. ZAMACOIS. |
| DON BONIFACIO..... | SR. AGUIRRE. |
| ANDRÉS..... | SR. VIÑAS. |
| DON PEDRO..... | SR. JOVER. |
| DON CELEDONIO..... | SR. BALLESTEROS. |
| CANUTO..... | SR. LARA. |
| CABALLERO 1. ^o | SR. LA SERNA. |
| IDEM 2. ^o | SR. VALLE. |
| IDEM 3. ^o | SR. N. N. |

La accion en Madrid. - Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reg. sup. A. H. B. Feb. 26

ACTO ÚNICO.

La escena representa el saloncillo de espera en la consulta de un médico. En primer término derecha (1) puerta con portier, y sobre ella un letrero que diga: «*Gabinete de consultas.*» En segundo término derecha puerta también con portier. Puerta al foro con mampara. En primer término izquierda balcon con cortinas. En segundo término izquierda armario. En primero derecha mesa con recado de escribir y varios libros. En el centro de la escena velador con varios periódicos. Sillas y butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, sentado á la mesa, CABALLERO 1.º, luégo DON CELEDONIO.

ANDRÉS. (Á Caballero 1.º, dándole la papeleta, que separa del libro talonario.)
Tome usted. Número nueve.
Está bien.
(Guarda el dinero que le da Caballero 1.º)
Dentro está el ocho.

(1) Del actor.

Sírvase tomar asiento.

Allí tiene usted periódicos.

(Caballero 1.º coge un periódico y va á sentarse en una de las sillas del foro.)

CELED. (Entrando por el foro y con un pañuelo por la cara.)

Buenas tardes, don Andrés.

ANDRES. Felices, don Celedonio.

¿Qué tal de neuralgia?

CELED. Anoche

no pude pegar los ojos.

¡Uy!

ANDRES. Caramba!

CELED. Mire usted, desesperado, rabioso, me levanté de la cama, y no encontrando los fósforos fui á tientas á la despensa á echar unos cuantos sorbos de aguardiente con objeto de achisparme. ¡Uy! Era el modo de dormir; pero ¡ay, amigo! en vez de aguardiente cojo otra botella, y sin ver lo que bebía, de pronto me tiré al colete un trago...

ANDRES. ¿De vinagre?

CELED. ¡De petróleo!

ANDRES. Jesús!

CELED. ¡Qué malo me puse!

ANDRES. Es natural! (Sentándose á la mesa.)

CELED. Tuve un cólico

que creí que me moría.

ANDRES. Malditas muelas! (Escribiendo.)

CELED. (Quejándose.) ¡Cinojo!

ANDRES. Paciencia! Número diez. (Le da la papeleta.)

CELED. (Seis días hoy! Buen negocio!)

Tome usted otra muela, digo, otro duro. (Dándose.) Entraré pronto?

ANDRES. En seguida, sí señor.

CELED. ¡Uy! Si me aprieta de un modo!

(Paseándose intranquilo.)

ESCENA II.

DICHOS, CABALLERO 2.º y Juégo D. ONOFRE. Más tarde sale de la puerta primera derecha CABALLERO 3.º

CAB. 2.º Buenas tardes. (Llegándose á la mesa.)

ANDRES. Buenas tardes.

¿Su gracia de usted?

CAB. 2.º Leoncio

Gonzalez. (Andrés escribe.)

ANDRES. (Dándole la papeleta.) Número once.

CAB. 2.º Cuánto es esto?

ANDRES. Dos Alfonsos.

(Caballero 2.º da á Andrés los dos duros y se re tira hácia el foro.)

Perfectamente. (Tomando el dinero.)

(Viendo á D. Onofre.) (¿Otro enfermo?)

ONOFRE. Servidor de usted.

(Á Andrés, que sigue escribiendo.)

Supongo

que será hora de consulta?

ANDRES. Sí señor. (Continúa escribiendo.)

ONOFRE. ¿Eh?

ANDRES. Que hace poco

comenzó.

ONOFRE. (No sé qué dice.)

ANDRES. ¿Su gracia de usted?

ONOFRE. No le oigo.

ANDRES. (Alzando la voz.)

Digo, ¿que cómo se llama?

ONOFRE. No he comprendido.

ANDRES. (Con voz más fuerte.) ¿Que cómo es su nombre?

ONOFRE. Advierto á usted

que soy un poquito sordo.

ANDRES. Ah! vamos! (Levantándose y yendo hácia él.)

ONOFRE. Sí, soy teniente.

ANDRES. (¡General!)

ONOFRE. ¿Qué?

ANDRES. (Si está como una tapia.)

(Liegándose al oído de D. Onofre y en voz muy alta.)

¿Y hace mucho
que está usted así?

ONOFRE. Ya le oigo.
Pues no señor; desde Octubre
del año cincuenta y ocho.

ANDRES. (Aprieta.)

ONOFRE. Y si viera usted
qué oído tan filarmónico
tenía yo; pero ahora,
¡cómo ha de ser! me conformo.
Oigo poco de este lado,
pero en cambio de este otro,
nada!

ANDRES. ¿Tendrá usted en las trompas
de Eustaquio...

ONOFRE. ¿Eustaquio?

ANDRES. (Demonio!)

ONOFRE. No señor, me llamo Onofre
Cordero, calle del Lobo,
número diez.

ANDRES. Le decía
que acaso haya algun estorbo
en las trompas.

ONOFRE. ¿Trompa? Quiá!
El cornetín y el piporro
eran mis dos instrumentos
favoritos. Si me pongo
hoy á tocar me hace daño
el sonido y desentono.

ANDRES. Eso indica una lesion,
sin duda, en lo que nosotros
llamamos caja del tímpano
ó del tambor.

ONOFRE. Quiá! no toco
yo el tambor; eso se queda
para musiquillos ñoños.

ANDRES. Corriente! (Aburrido va á la mesa y escribe.)

«Onofre Cordero.»

(Sale Caballero 3.º de la puerta primera derecha,
saluda y váse por el foro. Entra en el gabinete)

- de consulta el Caballero 1.º)
- ONOFRE. Lo mismo tocaba un trozo
de *El Duende* ó de *Los Magyares*,
que de *Roberto el Diabólo*.
- ANDRES. (Diabolo!) Tome usted. (Dándole la papeleta.)
- ONOFRE. Mil gracias.
¿Es eso? (Dándole dos duros, que guarda Andrés.)
- ANDRES. (Sigue escribiendo.) (Ya no respondo)
- ONOFRE. La verdad es que me aburro:
sólo me distraigo un poco
con la lectura.
- ANDRES. (Levantándose.) (Me alegro.)
Aquí tiene usted periódicos.
(Dándole algunos.)
- ONOFRE. Ah! perfectamente! *La*
Correspondencia y *El Globo*.
Traen charadas. Magnífico!
Las charadas son mi gozo.
¿Qué dice usted?
(Á Andrés, que ha vuelto á sentarse.)
- ANDRES. (Con voz natural.) Nada.
- ONOFRE. ¿Qué?
(Andrés sin producir sonido alguno articula la pa-
labra «nada»; pero indicando con la gesticulación
que lo dice en voz muy fuerte.)
No grite usted! Ya le oigo.
(Se sienta junto al velador del centro y lee.)
(«Es una vocal mi prima.»
Esta la descifro pronto.)
(Sigue leyendo.)

ESCENA III.

DICHOS y CALIXTO, muy elegante.

- CALIXTO. Señores, muy buenas tardes.
Beso á usted la mano. (Á D. Onofre.)
- ANDRES. ¿Quién?
¡Calixto! ¿Tú por aquí?
(Se saludan afectuosamente.)
- CALIXTO. Sí, queridísimo Andrés.
- ANDRES. ¿Estás enfermo? ¿Qué tienes?

CALIXTO. Pero, hombre, ¿qué he de tener?
Amor!

ANDRES. Vamos, lo de siempre.
Tú sigues enfermo de...

CALIXTO. Del corazón!

ANDRES. Te equivocas.
De aquí! (Indica la cabeza.)

CALIXTO. Chico, qué mujer!

ANDRES. Coquetón!

CALIXTO. Vengo de cita.

ANDRES. Sí? quién es ella?

CALIXTO. ¡Jé! jé!

Es divina! Vive con
su tío; se llama Inés.

ANDRES. ¿Quién, su tío?

CALIXTO. Ella!

ANDRES. ¿Y se llama
su tío Pedro Ferrer?

CALIXTO. Justo!

ANDRES. La conozco mucho.

CALIXTO. Sí?

ANDRES. Y á su tío también.
Pues si vienen con frecuencia
á ver al doctor.

CALIXTO. ¿Sí, eh?

ANDRES. Pero, hombre, ¿tú no les tratas?

CALIXTO. No; pues si sólo hace seis
meses que la hago el amor.
Todavía no la hablé
ni una palabra.

ANDRES. ¿Y entonces
cómo sabes?...

CALIXTO. Qué sandez!

Nos hablamos con los ojos
y así... por señas. (Con las manos.) ¡Jé! jé!

ANDRES. (Qué simple!)

CALIXTO. Y eso que á veces,
como yo no veo bien,
suelo llevarme algun chasco.

ANDRES. Lo comprendo.

CALIXTO. Anteayer
tiré un beso á una criada

- creyendo que era mi Inés.
ANDRES. ¿Se ofendió la maritornes?
CALIXTO. Qué se habia de ofender!
Respondió con otro beso.
ANDRES. Bravo!
CALIXTO. Me quiere tambien.
Pues si yo con las mujeres
tengo un partido... ¡Jé! jé!
(Sale Caballero 1.º)
ANDRES. Don Celedonio...
CELED. (Quejándose.) ¡Uy!
ANDRES. Adentro.
(Entra D. Celedonio á la consulta.)
CAB. 1.º Abur! (Váso por la puerta del foro.)
ADDRES. Que usted siga bien.
CALIXTO. Cuánto me quiere!
ANDRES. Pues dicen
que está enamorada Inés...
CALIXTO. De mí.
ANDRES. No, de un oficial
de un ministerio.
CALIXTO. ¡Jé! jé!
¿Oficialillos á mí?
¡Hombre! ¡Tendría que ver!
ANDRES. Pero, con franqueza, chico,
¿tú estás seguro?...
CALIXTO. De qué?
ANDRES. De que Inés te quiere.
CALIXTO. Vaya!
Si me adora esa mujer!
Y es tan buena, que la pobre
al ver que me paso diez
horas del dia en su calle
con este calor, ayer
me arrojó desde el balcon...
ANDRES. ¿Un tiesto?
CALIXTO. Quiá! Este papel!
(Saca un papel.)
¡Mi dicha en cuatro palabras!
Mira. (Lee.) «No se canse usted.»
ANDRES. (Qué cándido!)
CALIXTO. Ya ves tú

si ella se toma interés.
Quiere que yo no me canse.
Y es verdad, que alguna vez
de tanto arriba y abajo
no puedo tenerme en pie.

ANDRES. (Con sorna.) Calixto, me has convencido!
Te idolatra esa mujer!

ONOFRE. (Es negación la segunda.)

CALIXTO. Son las dos y diez y seis. (Mirando el reloj.)
Y no viene!

ANDRES. ¿Te impacientas?
Vamos, hombre, cuéntame
tus conquistas.

CALIXTO. (Con pedantería.) Qué bromista!

ANDRES. ¡Qué perfumado andas!

CALIXTO. (Enseñándole el pañuelo, que llevará muy saliente
en el bolsillo del chaquet.)

Ves

este pañuelo?

ANDRES. Precioso!
¡y qué bordado!

CALIXTO. Pues bien,
este pañuelo es recuerdo
de una aventura.

ANDRES. Sí, eh?

CALIXTO. Me lo bordó una muchacha
que tenía un gran taller
de ropa blanca. ¡Ay qué bueno
estuvo aquello! ¡jé! jé!

ANDRES. Pero qué tiene de extraño . . .

CALIXTO. Hombre, pues no ha de tener?

Que yo me guardé el pañuelo
y que no se lo pagué.

Si soy lo más atrevido!

Por supuesto, hace ya tres

meses que no veo á Petra;

huyo de ella como del

diablo. Es capaz si me pilla

de tumbarme de un revés.

Tiene un genio! Pero yo
soy muy tunante! Jé, jé!

ANDRES. Ah! ya lo creo!

- CALIXTO. (Mira el reló.) Caramba!
Y no viene!
- ANDRES. Si es de ley
ya vendrá!
- CALIXTO. Me habrá engañado
la portera?
- ANDRES. Tú no ves
que el tío es tan distraído
y desmemoriado, que
á lo mejor se le olvida...
- CALIXTO. Caramba, no sé qué hacer...

ESCENA IV.

- DICHOS y D. CELEDONIO, sin la venda y con cara de satisfaccien. Váse por la puerta primera el CABALLERO 2.º
- ANDRES. Eh, ¿qué tal? (Á D. Celedonio.)
- CELED. Perfectamente!
- ANDRES. De veras?
- CELED. Ya estoy muy bien!
Me dió un bálsamo... ¡uy! (Quejándose.)
- ANDRES. ¿Qué es eso?
- CELED. ¡Uy! Que me vuelve á doler.
Ésto es horrible, es atroz!
(Dando un pisoton á Calixto.)
- CALIXTO. ¡Ay!
- CELED. ¡Uy! (Váse corriendo.)
- ANDRES. Que se alivie usted.
- CALIXTO. Canario!
- ANDRES. Paciencia, chico!
- CALIXTO. Si al ménos viniera Inés...
- ANDRES. Hombre, espérala sentado.
Ten más calma!
- CALIXTO. (Se sienta junto á la mesa.) Dices bien.
(Hojea algunos periódicos.)
- ONOFRE. ¡La tercera es mal, y el todo
es el que anda en cuatro piés.)
(Sigue cavilando.)
- CALIXTO. (Lee.) «*La Ilustracion española
y americana.*» Jé, jé!
Vaya unos versos! ¡qué insulsos!

Y no han querido poner
unos míos.

ANDRES. Cómo tuyos?

CALIXTO. Claro!

ANDRES. Conque eres también
poeta!

CALIXTO. Y de los notables!

ANDRES. (Sopla!)

CALIXTO. Aquí debo tener
una elegía que he escrito
para el álbum del marqués
del Pichon. Justo, aquí está. (Saca un papel.)
Oye.

ANDRES. (¡Me la va á leer!)

Léesela á ese señor.

(Indica á D. Onofre, que continúa preocupado
con la charada.)

CALIXTO. Con mucho gusto lo haré.

Caballero... (Á D. Onofre.)

ONOFRE. (La tercera...

no acierto!)

CALIXTO. Perdone usted.

¿Quiere usted oír unos versos?

ONOFRE. ¿Eh?

ANDRES. (Qué más quisiera él!)

CALIXTO. Una elegía inspirada!

ONOFRE. (¿Charada?) Vamos á ver...

(Sigue preocupado.)

CALIXTO. (Lee.) «Célia sabe mi tormento!

»Célia mi delirio es!»

ONOFRE. (La tercera es mal.)

CALIXTO. «Mi dicha!

» Mi amor!»

ONOFRE. Mal...

CALIXTO. Qué dice usted?

«Célia es...»

ONOFRE. Mi prima...

CALIXTO. Pero hombre,

si es hija del brigadier...

ONOFRE. (El todo...)

CALIXTO. Borrascas, y este

señor...

- ONOFRE. Anda en cuatro piés.
(Sigue cavilando.)
- CALIXTO. Caballero! Yo... (Incomodado.)
- ANDRES. (Á Calixto.) Pero hombre,
no te molestes.
- CALIXTO. Por qué?
- ANDRES. Porque el señor está sordo.
- CALIXTO. De veras?
- ANDRES. (Dirigiéndose á D. Onofre y en voz bastante alta.)
Bruto! (D. Onofre sigue impávido.)
Ya ves!
- CALIXTO. Hombre, tiene gracia! Y yo
que le leía... Jé, jé!
Qué bromista eres! (Mira el reló.)
Caramba!
Me está fastidiando Inés!
Voy á estar con la portera.
- ANDRES. Es mejor.
- CALIXTO. Y la daré
otra peseta, y con esa
serán doce desde ayer.
- ANDRES. Buena renta!
- CALIXTO. Lo merece.
Hasta luégo. (Váse por el foro.)
- ANDRES. Hasta despues.
(Se sienta á la mesa.)
- ONOFRE. (Qué charada tan difícil!
Si será? .. No puede ser.) (Sigue preocupado.)

ESCENA V.

- ANDRÉS, D. ONOFRE, DOÑA TECLA y luégo CANUTO. Sale
luégo el CABALLERO 2.º
- TECLA. Buenas tardes. Pasa, niño.
¿Se puede estar con el médico? (Á Andrés.)
- ANDRES. En seguida, sí señora.
- TECLA. Gracias.
- ANDRES. Tome usted asiento.
- TECLA. Estoy lo más disgustada!
Créame usted!
- ANDRES. No lo niego.

- TECLA. Pero ¿dónde está ese niño?
Si es lo más corto de genio!
No se atreve.
- ANDRES. Es natural!
Los niños... le animaremos.
(Se acerca hácia la puerta del foro.)
- TECLA. Canuto! Pasa, hijo mio.
(Entra de la mano á Canuto, que es un zangolotino.)
- ANDRES. (Canastos! Y este mastuerzo
es el niño!)
- TECLA. Qué inocente!
Nada temas!—Tiene miedo! (Á Andrés.)
- ANDRES. Miedo un mozo como este?
- TECLA. Si es un chiquillo completo.
- CANUTO. Sí... se... señor.
(Tartamudea, y sólo haciendo un esfuerzo y á una palmada de Doña Tecla, pronuncia la palabra.)
- ANDRES. Caracoles!
- TECLA. Ya ve usted. Tiene un defecto
para hablar, y sólo así
consigue romper. Yo creo
que curará.
- ANDRES. Quién lo duda!
- TECLA. Eso será de los nervios.
- ANDRES. Dice usted bien.
- TECLA. Angelito!
Y si viera usted qué bueno...
No hay más que verle la cara.
Todo es bondad.
- ANDRES. Y talento!
- TECLA. Es favor que usted le hace.
Da las gracias. (Á Canuto.)
- CANUTO. Ag... agradezco.
(Repítese lo de ántes.)
- ANDRES. (Qué mono!)
(Sale Caballero 2.º y váse por el foro.)
- CAB. 2.º Muy buenas tardes.
- ANDRES. Éntre usted. (Á D. Onofre.)
- ONOFRE. (Pues no la acierto.
La tercera...)
- ANDRES. Que entre usted!

- (Empujándole hacia la puerta primera derecha.)
ONOFRE. Ah! sí! (El todo... no comprendo.)
(Entra en el gabinete de consulta, llevando el periódico.)
- TECLA. (Á Andrés.) Si viera usted lo que sabe este chico!
- ANDRES. Ya lo creo!
¿Y qué estudia?
- TECLA. Pobrecillo!
Si es un niño! Hizo en Enero diez y siete años.
- ANDRES. Ah! vamos!
- TECLA. Aún nada.—Ya tendrá tiempo para estudiar. Por fortuna y, gracias á Dios, tenemos con qué vivir, y además el chico es el heredero de un tío cura que ahora va á la catedral de Oviedo porque le han *canonizado*.
- ANDRES. ¡Qué dice usted!
- TECLA. Que le han hecho canónigo.
- ANDRES. (Sí, es lo mismo!)
- TECLA. Y francamente, yo temo que el chico con el estudio se ponga peor ¿No es eso?
- ANDRES. Justo.
- TECLA. Antes quiero que acabe de *desenrollarse*.
- ANDRES. (Cuerno!)
- TECLA. Si viera usted qué manera de crecer! Si estoy temiendo que se me malogre.
- ANDRES. (Lástima!)
- TECLA. Ese traje que trae puesto lo estrenó hace quince días y ya ve usted.
- ANDRES. Ya lo veo.
- TECLA. Pero lo peor de todo es que no engorda.
- ANDRES. Bien! eso
- 

es lo natural, señora,
¿no ve usted que está creciendo?
Déjele usted!

TECLA. Si señor,
si lo que es yo sí le dejo.

ANDRES. Que haga ejercicio.

TECLA. (Á Canuto.) Ya lo oyes.
El señor entiende de esto.
¿Usted es médico? (Á Andrés.)

ANDRES. No;
pero ántes de poco tiempo
seré, si no me suspenden,
licenciado.

TECLA. ¿Del ejército?

ANDRES. No señora, licenciado
en medicina!

TECLA. Comprendo.
Y dígame usted, aunque sea
mala pregunta, ¿este médico
es tan bueno como dicen?

ANDRES. Es el segundo Galeno!

TECLA. ¿El segundo?

ANDRES. Si señora.

TECLA. (Cómo sería el primero?)

ANDRES. Hace curas admirables!

Tiene un ojo!...

TECLA. (Será tuerto.)

ANDRES. Es especialista... en todo!

Lo mismo da vista á un ciego
que le corta á usted un brazo.

TECLA. ¡Á mí? (Asustada.)

ANDRES. Pongo por ejemplo.

ESCENA VI.

DICHOS y D. PEDRO.

PEDRO. Felices.

ANDRES. (Ya está aquí el tío
de Inés.)

PEDRO. (Pues ya no recuerdo...)

ANDRES. Hola, ¿qué tal? (Á D. Pedro.)

- PEDRO. Vamos bien.
(Pero, señor, ¿á qué vengo?)
- ANDRES. Y la sobrina?
- PEDRO. Acabáramos!
- ANDRES. ¿Está peor?
- PEDRO. No por cierto.
Que me suplicó que fuera
á buscarla, y como tengo
esta memoria... (Mira su reló.) Caramba!
(Suenan un timbre.)
- ANDRES. Llama el doctor, hasta luégo.
(Váase por la puerta primera derecha.)
- PEDRO. Á los piés de usted, señora. (Á Doña Tecla.)
- TECLA. Servidora.
- PEDRO. No me acuerdo
de la hora. (Vuelve á mirar el reló.)
Ah! sí! ya estoy!
Esta cabeza!...
- TECLA. ¿Qué es eso?
Le duele á usted la cabeza?
- PEDRO. No señora, lo que tengo
es una debilidad...
- TECLA. ¿De estómago?
- PEDRO. Del cerebro.
Con decirle á usted que estuve
empleado en el Gobierno
y siempre se me olvidaba
ir á la oficina.
- TECLA. Eso
no es raro.
- PEDRO. Para que usted
vea hasta qué punto llevo
mis distracciones, un día
salí de casa en mi pueblo,
y á las tres ó cuatro leguas,
¡trás!
- TECLA. ¿Qué?
- PEDRO. Que salta un conejo.
Voy á tirar... y ¡oh desgracia!
había olvidado...
- TECLA. ¿El perro?
- PEDRO. No señora, la escopeta!

- TECLA. Hombre!
- PEDRO. Puede usted creerlo.
- TECLA. ¿Es usted andaluz?
- PEDRO. Quiá! no.
Yo soy... pues ya no me acuerdo.
Ah! sí! de Villazopeque.
Yo soy villazopequeño.
- TECLA. Vamos!
- PEDRO. Allí me casé
el año... ya no recuerdo...
¿qué año fué?
- TECLA. (Qué hombre más raro!)
- PEDRO. En fin, hace mucho tiempo.
¡Ay qué geniazo tenía
mi mujer!
- TECLA. Pues qué! ¿se ha muerto?
- PEDRO. (Muy de prisa.)
Sí señora, murió el doce
de abril de mil ochocientos
sesenta y tres, á las cinco
de la madrugada.
- TECLA. Observo
que su memoria...
- PEDRO. Esa fecha
no la olvido ni un momento.
- TECLA. Qué hombres estos! (Sale Andrés.)
- ANDRES. (Todavía
está aquí?) Pero don Pedro,
que su sobrina le aguarda.
- PEDRO. Es verdad, me voy corriendo
á buscarla. Hasta despues.
(Váse hácia la puerta del foro.)
- ANDRES. Que se deja usted el sombrero. (Dádoselo.)
- PEDRO. Muchas gracias. ¡Qué cabeza!
Abur. (Á Doña Tecla.)
- TECLA. Conservarse bueno.
(Váse D. Pedro.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos D. PEDRO.

TECLA. Pero, muchacho, ¿qué haces?
(Quitándole los libros que Canuto hojeaba sobre la mesa.)
Deja esos libros; no quiero que te pase á tí tambien lo que á tu padre.

ANDRES. ¿Qué es ello?

TECLA. Que Bonifacio, mi esposo, hace un mes ó poco ménos, se dió á leer unos libros de medicina y se ha vuelto tan raro! Se le ha metido una aprension en el cuerpo... No consiente que se abran los balcones.

ANDRES. ¿Tambien eso?

TECLA. Y con el calor que hace anda vestido de invierno. Le supliqué que viniera conmigo á estar con el médico, pero dijo que vendría solo; es el hombre más terco!...

ANDRES. Pues sabe usted que su casa es un hospital completo?

TECLA. Gracias á Dios, yo estoy buena, pues aparte del histérico, las jaquecas, los ataques nerviosos y algun divieso que me sale, siempre estoy muy saludable.

ANDRES. Lo creo.

(Sentándose á la mesa.)

TECLA. ¿Cómo es su nombre de usted?
Tecla Ortiz; pero le ruego que ponga el de mi marido por si viene.

ANDRES. Bueno, bueno.

¿Cómo?

TECLA. Bonifacio Perez. (Andrés escribe.)

ANDRES. Tome usted. (Dándole la papeleta.)

TECLA. ¿Y cuánto es esto?

ANDRES. Dos duros.

TECLA. Cuarenta reales?

Hombre, ya será algo ménos.

ANDRES. Es precio fijo, señora.

TECLA. Cómo ha de ser! No hay remedio!

(Le da el dinero.)

ESCENA VIII.

DICHOS y D. ONOFRE, con el periódico.

ANDRES. Pueden ustedes pasar. (Á Tecla y Canuto.)

ONOFRE. (La tercera... Pues no acierto.)

TECLA. Vamos, hijo.

ANDRES. (Á Canuto.) ¡Ea, valiente!

TECLA. Verás qué señor tan bueno.

(Á Canuto, que obedece.)

¿Lo ve usted? Si es tan monísimo!

Hasta despues. (Á Andrés.)

(Entran á la consulta Doña Tecla y Canuto.)

ANDRES. Hasta luégo.

ONOFRE. (Cuidado, que esta charada es difícil!) Caballero. (Á Andrés.)

ANDRES. Qué?

ONOFRE. Que si usted me permite...

ANDRES. (Es insufrible!)

ONOFRE. Me llevo

el periódico, en seguida

se lo traeré. Deseo

descifrar esta charada.

Sólo es cuestion de un momento.

ANDRES. Puede usted llevarlo.

ONOFRE. ¿Qué?

ANDRES. (En voz alta.) Que lo lleve.

ONOFRE. Le agradezco...

(«Es negacion la segunda.»)

¿Será?... No puede ser esto.

Y la primera vocal.

Vocal! ¿Será algún concierto?
«El todo anda á cuatro piés.»
Servidor de usted.

ANDRES. (Alto.) Hasta luégo.
(Saluda y váse por foro.)

ESCENA IX.

ANDRÉS y luégo CALIXTO.

ANDRES. Ese, á más de su sordera
tiene otro padecimiento:
una charado-manía
incurable segun creo.

CALIXTO. ¿No vino? (Muy sofocado.)

ANDRES. Estuvo su tío.

Volverá con ella.

CALIXTO. (Sentándose y haciéndose aire.) Vengo
rendido! Qué sófocones
cuesta el amor.

ANDRES. (Y el ser memo!)

(Suena el timbre. Andrés entra en el gabinete de
consulta.)

ESCENA X.

CALIXTO y luégo D. BONIFACIO.

CALIXTO. ¡Jé! jé! Soy feliz de veras!
Viene, me acerco, la hablo,
me dice: ¡Tú eres mi vida!
respondo: Tú eres mi encanto!
Y si el tío no se opone
ántes de un mes nos casamos.

BONIF. (Muy abrigado.) Buenas tardes.

CALIXTO. Buenas tardes.

(Diantre! y con capa en verano!)

BONIF. (Tomándose el pulso.)

(¡Noventa y tres pulsaciones!)

¿El balcon está cerrado? (Á Calixto.)

Porque una corriente de aire
puede hacerme mucho daño.

CALIXTO. Lo cerraré si usted quiere. (Va al balcon.)

- Ay, qué mujer! ¡Te idolatro!
BONIF. Hombre, cierre usted.
(Á Calixto, que continúa haciendo señas.)
CALIXTO. Ah! sí!
(Cierra el balcón. D. Bonifacio se mira la lengua en un espejo de mano.)
(Qué tipo! Se está mirando la lengua.)
BONIF. (Debo tener un padecimiento gástrico.)
Jóven, ¿qué tal cara tengo?
CALIXTO. Hombre, no es usted muy guapo que digamos.
BONIF. Si no es eso!
¿No me encuentra usted muy pálido?
CALIXTO. No señor, si está lo mismo que un pimiento riojano.
BONIF. ¿Qué dice usted? (Mirándose en el espejo.)
Es verdad.
Estoy muy congestionado!
Es muy posible que se me rompa un vaso, y, es claro, me muero!
CALIXTO. (Qué tontería!)
Pues beba usted con cuidado.
BONIF. Si digo un vaso sanguíneo.
CALIXTO. (¿Cómo serán esos vasos?)
(Va hácia el balcón repetidas veces.)
BONIF. Lo dicho! Tómeme usted el pulso!
CALIXTO. (Me ha fastidiado.)
BONIF. ¿Lo encuentra usted?
CALIXTO. (Pulsándole.) (¡Quiá!) Pues vaya!
BONIF. ¿Cómo le halla usted?
CALIXTO. Le hallo...
así... (¿Qué diré?)
BONIF. ¿Frecuente y duro?
CALIXTO. No señor, blando!
BONIF. ¿Blando? (Pulsándose.)
Justo! Es que se acerca el período del colapso.

- CALIXTO. ¡El colapso!
- BONIF. Si señor.
- CALIXTO. ¿Y qué es eso?
- BONIF. Pues es... ¡vamos!
la... del... ¡me comprende usted?
- CALIXTO. Si señor, quedo enterado.
- BONIF. Se ha empeñado mi mujer
en que viniera...
- CALIXTO. (Desde el balcon.) ¡Te amo!
- BONIF. ¿Eh? ¿Padece usted el baile
de San Vito?
- CALIXTO. ¡Quía! no bailo!
Es costumbre!
- BONIF. Mire usted,
me arde la piel.
- CALIXTO. No es extraño,
si con el calor que hace
anda usted tan arropado.
- BONIF. Es que sigo los preceptos
higiénicos. Un catarro
se coge en seguida, y puede
con la falta de cuidado
trasformarse en laringitis
adematosa. (Coge un libro de encima de la mesa.)
- CALIXTO. (Canario!) (Va hácia el balcon.)
- BONIF. (Leyendo.) («Pericarditis aguda.»
De fijo yo tengo algo...)
«Se oye sobre el corazon
un ruido extenso y muy áspero.»
Yo no puedo percibir...)
(Hace esfuerzos por oirlo.)
Jóven. (A Calixto.) Un favor.
- CALIXTO. Sepamos.
- BONIF. Aplique usted el oido
sobre mi pecho.
- CALIXTO. (Canastos!)
Está loco!
- BONIF. Se lo ruego.
- CALIXTO. Pues corriente.
(Aplica el oido sobre el bolsillo del chaleco en
que lleva el reló D. Bonifacio.)
- BONIF. ¿Oye usted algo?

CALIXTO. Sí señor! Oigo tic-tac.
BONIF. Tic-tac? Qué será, Dios santo!
CALIXTO. El reló.
BONIF. Déjeme usted!

ESCENA XI.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. (Un señor muy abrigado.
No cabe duda, el esposo...)
¿Es usted don Bonifacio
Perez?
BONIF. Sí señor, el mismo.
ANDRES. Pues dentro están el muchacho
y su señora de usted.
BONIF. ¿De veras? Entónces pasó...
ANDRES. Sí señor, la papeleta
la puse á su nombre.
BONIF. Vamos!
(Veré si el doctor me dice
qué es eso del pericardio.)
(Váse por la puerta primera derecha.)

ESCENA XII.

CALIXTO, ANDRÉS, D. PEDRO é INÉS.

Calixto, en cuanto marcha D. Bonifacio, abre el balcón.
ANDRES. (Á Calixto, que sigue haciendo señas.)
Calixto! (Bajando de la puerta del foro.)
CALIXTO. ¿Qué?
ANDRES. Que allí viene
Inés!
CALIXTO. (Corriendo las cortinas y retirándose del balcón.)
Que no sepa nada.
¿Con quién viene?
ANDRES. Con su tío.
CALIXTO. (No viene sola! Qué lástima!)
(Se retira hácia el foro.)
INES. Buenas tardes. (Entra seguida de su tío.)
ANDRES. (Saludándola.) Á los piés

- de usted; ¿qué tal?
- INES. Muy bien, gracias.
- CALIXTO. (No me ha visto.)
- ANDRES. Ya creí
que usted no vendría.
- INES. Estaba
esperando á que mi tío
me fuese á buscar á casa
de unas amigas. (Se sienta junto al velador.)
- PEDRO. Es cierto.
Memoria más desdichada
que la mía!
(Andrés se sienta á la mesa. D. Pedro deja su sombrero en una de las butacas que hay al lado del velador y va á sentarse al lado de la mesa de Andrés, despues de haberse querido sentar en un punto en que no había silla.)
- CALIXTO. (Tose.) Ejem!
- INES. (Viendo á Calixto.) (Jesús!)
- CALIXTO. (Me ha visto!)
- INES. (Ya está esa plaga!
Á todas partes me sigue.
Persona más antipática!)
(Mirándole despreciativamente.)
- CALIXTO. (Con qué ternura me mira!)
- ANDRES. Tome usted.
(Dando la papeleta á D. Pedro, que está distraido.)
- INES. Tío!
- PEDRO. ¿Qué pasa?
- INES. La papeleta.
- PEDRO. Es verdad. (La coge y la guarda.)
Está muy bien.
- ANDRES. (Se la guarda
sin pagar.)
- INES. (Á D. Pedro.) Págueme usted.
- PEDRO. Es cierto. No me acordaba. (Paga á Andrés.)
(Pausa corta. D. Pedro enciende un cigarro, arroja al suelo la caja y se guarda el fósforo en el bolsillo.)
- ANDRES. (Pobre Calixto!)
- CALIXTO. (Si el tío
no me viera... Pecho al agua!)

(Se acerca con timidez á Inés, que estará leyendo.)
Señorita...

INES. (Con sequedad.) Caballero!
(Vuelve la espalda y sigue leyendo.)

CALIXTO. (Calle! Me vuelve la espalda!)
Ya he leído el papelito!

INES. ¡Jesús! (Abanicándose con muestras de disgusto.)

CALIXTO. ¿Se pone usted mala?

INES. Le suplico á usted que no
me dirija la palabra. (Sigue leyendo.)

CALIXTO. Eh? (Vamos! Teme que el tío
nos vea. Pobre muchacha!)

(Se retira hácia el foro.)

(Salen Doña Tecla, Canuto y D. Bonifacio con
ocho ó diez libros.)

ANDRÉS. (Á Inés y D. Pedro.) Pueden ustedes pasar.

INES. Tío, vamos.

(Á Doña Tecla, que les deja paso.)

Muchas gracias.

(Entran en el gabinete de consulta D. Pedro é
Inés.)

ESCENA XIII.

CALIXTO, ANDRÉS, DOÑA TECLA, D. BONIFACIO y CA-
NUTO, que desde que sale hace ejercicios gimnásticos en las
sillas.

CALIXTO. (¡Me adora!)

TECLA. (Á Andrés.) Estoy muy contenta.
No hay un doctor en España
más cariñoso y amable.

BONIF. ¡Y qué talento!

CALIXTO. (Caramba!

Se lleva una biblioteca!)

(Mirando á D. Bonifacio.)

ANDRÉS. (¿Qué le dijo á usted? (Á D. Bonifacio.)

BONIF. Pues vaya!

la verdad, que estoy enfermo!

¿Te has convencido? (Á Doña Tecla.)

TECLA. Enterada.

(Segun el doctor no tiene

- ni esto! pero... (Á Andrés.)
- ANDRES. (Á Doña Tecla.) Me basta.)
- BONIF. Me mandó tomar apuntes
y leer con mucha calma...
- CALIXTO. ¿Y qué obra es esa! (Á D. Bonifacio.)
- BONIF. *La historia
universal ilustrada
de César Cantú.*
- CALIXTO. (Con pedantería.) Ah! don César
Cantú! Gran médico!
- ANDRES. (Cáscaras!)
- TECLA. (Á Andrés.) (Los libros de medicina
van hoy por una ventana.)
- ANDRES. Y al chico, ¿qué tratamiento
le ha dado el doctor? (Á Doña Tecla.)
- TECLA. Pues vaya!
le trató de usted!
- ANDRES. No es eso.
- TECLA. Ah! sí! Que hiciera gimnasia.
(Canuto da saltos sobre una butaca.)
Pero Canuto, por Dios,
vas á romper la butaca.
- ANDRES. Déjele usted!
- TECLA. Si es más bueno!
(Canuto salta encima de Calixto, que está junto al
balcon.)
Pero muchacho! (Á Canuto.)
Caramba!
- CALIXTO. Ya podía usted ir á hacer
volatines á su casa. (Incomodado á Canuto.)
- TECLA. Vámonos, porque si no...
- ANDRES. Arroparse! (Á D. Bonifacio.)
- BONIF. Muchas gracias.
(Váanse D. Bonifacio y Canuto.)
- TECLA. (Á Andrés.) Voy á ser para este médico
el cornetín de la fama.
- ANDRES. (Qué atrocidad!) La trompeta!
- TECLA. Es igual. Abur. (Váse.)
- ANDRES. (Se marchan!
Gracias á Dios!)
- (Al salir D. Pedro, separa un poco el portiers, de
modo que sólo se vea desde la escena la mano que

lo mueve.)
CALIXTO. Ay! Ya sale
Inés! ¡Qué mano tan blanca!
(Viendo la de D. Pedro.)
Voy á besársela.
(Va hácia la puerta derecha, coge con efusion la mano, y al acercarla á sus labios, se presenta por completo D. Pedro y saluda á Calixto, que aún estrecha entre las suyas la mano de aquel.)

ESCENA XIV.

CALIXTO, ANDRÉS, D. PEDRO é INÉS.

PEDRO. (Á Calixto.) Abur!
CALIXTO. Beso... á usted la mano. (Cáspita!
por un poco se la besó!)
INES. Vamos! (Á D. Pedro.) Adios!
PEDRO. Buenas tardes.
(Se lleva equivocadamente el sombrero de Calixto, que estará sobre una silla cerca del foro.)
ANDRES. (Á los piés de usted. (Á Inés.)
CALIXTO. (Se marcha!)
INES. (Á ver si me deja en paz
de una vez.) (Deja caer un papel.)
(Vánse Inés y D. Pedro.)
CALIXTO. (Á Andrés.) ¡Chico, una carta!
(Recoge con alegría el papel.)
ANDRES. ¿De veras? Lee.
CALIXTO. (Besándolo.) ¡Oh placer!
(Lee.) «Cocimiento de cebada,
dos libras.» ¡Una receta! (Andrés se rie.)
La confundió con la carta.
ANDRES. Puede! (Se sienta á la mesa.)
CALIXTO. Sí señor, de fijo!
Voy á ver si...
(Va á la puerta foro y vuelve de pronto asustado.)
¡Virgen santa!
ANDRES. ¿Qué es eso?
CALIXTO. (Aturdido.) ¿Dónde me escondo?
Ya se acerca!
ANDRES. ¿Qué te pasa?

CALIXTO. Que viene Petra!

ANDRES. ¿Qué Petra?

CALIXTO. La del pañuelo!

ANDRES. Acabáras!

CALIXTO. Aquí. (Abre el armario y vuelve á cerrarlo.)

No se puede. Escóndeme!

ANDRES. Toma y entra.

(Dándole una papeleta é indicándole la consulta.)

CALIXTO. Pero...

ANDRES. (Empujándole.) Anda!

CALIXTO. ¿Y qué le digo al doctor
si yo no padezco nada? (Entra á la consulta.)

ESCENA XV.

ANDRÉS y PETRA, vestida de luto. Más tarde se presenta

CALIXTO.

PETRA. Tenga usted muy buenas tardes.

ANDRES. Servidor de usted. (Y es guapa.)

PETRA. ¿Está usted bueno?

ANDRES. Muy bien,
y usted?

PETRA. Yo estoy buena, gracias;
es decir, yo no estoy buena,
no señor, que estoy muy mala.
Me dan diez ó doce ataques
al día.

ANDRES. Pues ahí es nada!

PETRA. Y ya no tengo apetito
y me estoy quedando pálida:
no se crea usted que yo
me pinto, pues no faltaba
otra cosa! Mire usted
mi cútis, con confianza.

ANDRES. Efectivamente, es fino
como la seda.

PETRA. Mil gracias.

Pues, créame usted, yo nunca
me lavo mas que con agua
y unas gotas de colonia;
empapo despues en clara

de huevo una esponja fina,
me doy dos ó tres pasadas,
y en cuanto seca me pongo
colcrean, pero casi nada,
luégo unos polvos de arroz,
paso despues la toalla,
y ya estoy.

ANDRES. (Pues ya lo creo!)

PETRA. Á lo natural; me cargan
las que emplean tanta cosa
para lavarse la cara.
—Pues como le iba diciendo,
estoy de modista en casa
de los señores de Peña,
y hoy mismo por la mañana
tuve un ataque de nervios
terrible; si estoy muy mala!
Eran cinco á sujetarme
y no podían.

ANDRES. Caramba!

PETRA. Al señorito Manolo,
el hijo mayor, que estaba
sujetándome las piernas,
le pegué tal bofetada,
que el infeliz fué rodando
hasta el medio de la sala.

ANDRES. (Pobre chico!)

PETRA. Ya ve usted!

El señor me dió esta carta (Enseña una carta.)
para el doctor, que es su amigo,
y así no me cuesta nada
la consulta.—La señora
dentro de poco se marcha
á tomar baños de mar,
y se empeña en que yo vaya
con ella, y yo francamente,
iré si el doctor lo manda.
Ay! siento así! unos mareos!
¿Ve usted? Ya me pongo mala!
(Desmayándose en brazos de Andrés.)

ANDRES. Señora, por Dios, señora!
(Esto sólo me faltaba!) (La hace aire.)

- PETRA. ;Ya vuelvo en mí! Ya pasó!
Estos calores me matan!
Digo yo que deben ser
buenas para esto las aguas
del mar.
- ANDRES. Sin duda ninguna!
- PETRA. Cuánto sabe usted!
- ANDRES. (Qué maula!)
- PETRA. Lo que es yo consultaría
con usted de buena gana.
- ANDRES. Tendría yo mucho gusto
en que usted me consultára,
porque enfermas tan bonitas
se encuentran pocas.
- PETRA. Mil gracias.
Pero el señor se ha empeñado
en que conteste á esta carta
del doctór.
- ANDRES. Lo siento mucho!
- PETRA. Ay! si debo estar tan blanca
como esa pechera que
usted lleva. (Mirándola.) Bien planchada!
Y está bordada al minuto!
- ANDRES. Pues tardaron tres semanas.
- PETRA. Pero á mí me gusta más
al realce. Cuando estaba
al frente de mi taller,
—porque yo he tenido casa;
me puso la tienda un primo
que se ha marchado á la Habana,—
si viera usted mis bordados
y mis cosidos!
- ANDRES. (Qué charla!)
- PETRA. Tenía mucho que hacer;
pero, hijo, lo que pasaba
es que muchos pollos de esos
que parece que se escapan
por el cuello, se metían
en la tienda, me encargaban
unos esto, otros aquello,
y ninguno me pagaba.
Ya ve usted! una no puede...

- Por ser prudente...
- CALIXTO. (Asoma y se retira en seguida.) ¡Ella!
- ANDRES. (Que vió á Calixto.) (Vaya,
ya pareció aquello!)
- PETRA. Soy
la mujer más desdichada.
- ANDRES. Ay! sí! no lo dude usted.
¿Tuvo usted alguna desgracia
de familia?
- PETRA. No señor.
- ANDRES. Como la veo enlutada.
- PETRA. Llevo luto por mi esposo,
que murió hace tres semanas.
- ANDRES. Pues por eso la decía...
- PETRA. Hijo, tal vida me daba,
que su muerte para mí
no fué ninguna desgracia.
Ay qué tres meses, Dios mio!
- ANDRES. (Plúst.)
(Á Calixto, que asoma la cabeza, indicándole que
se retire.)
- PETRA. ¿Qué dice usted?
- ANDRES. Yo... nada!
- PETRA. Figúrese usted que un día
que estuve enferma en la cama
entró y me dió una de palos...
¡Qué paliza! soberana!
- ANDRES. La trató á usted por el método
paliativo que se llama.
- PETRA. Pero Dios le castigó
viendo que me apaleaba!
- ANDRES. De qué murió?
- PETRA. ¡Del trancazo!
La Providencia es muy sabia!
Pensar que yo pude ser
rica, y me veo obligada
á servir!
- ANDRES. (Incomodado al ver á Calixto, da una patada en
el suelo.) ¡Vete!
- PETRA. (Asustada.) Jesús!
¡qué susto! ¿ve usted? Me saltan
los nervios... si soy lo más

- sensible.. Me pongo mala!
Ay! se me va la cabeza!
(Desmáyase sobre Andrés.)
- ANDRES. Señora... (Corriente! Anda!)
(Á Calixto, que va á esconderse en la puerta segunda derecha.)
- PETRA. Ya pasó! (De pronto y con naturalidad.)
- ANDRES. (Aludiendo á Calixto.) Sí, ya pasó!
(Suena el timbre.)
- PETRA. Puede usted entrar, ya llaman.
De veras?—¡Ay! cree usted que me mandará las aguas de mar?
- ANDRES. Señora! Lo ignoro!
- PETRA. Si es que me hacen mucha falta!
- ANDRES. Pues digáselo usted á él!
- PETRA. Hasta luégo y muchas gracias.
(Entra á la consulta.)

ESCENA XVI.

CALIXTO y ANDRÉS.

- ANDRES. Ya puedes salir. (Á Calixto.)
- CALIXTO. La temo!
- ANDRES. Yo tambien!
- CALIXTO. Chico, no sea que salga y me encuentre aqui.
- ANDRES. Vamos, cerraré la puerta. (Cierra la puerta.)
- CALIXTO. Sí! que llame cuando acabe la consulta.
- ANDRES. Vamos, cuenta.
¿Qué tal el doctor?
- CALIXTO. Ah! chico!
Lo que es ser hombre de ciencia!
Dijo que yo estoy muy grave! (Con satisfaccion.)
Incurable! ¿Á que no aciertas de qué enfermedad?
- ANDRES. No acierto.
- CALIXTO. ¡Jé, jé! Padezco ¡una amencia!
(Muy contento.)
- ANDRES. ¿Eso dijo?

- CALIXTO. Amencia debe
ser mal de amor.
- ANDRES. Si te empeñas
en saber lo que es...
- CALIXTO. Lo sé!
- ANDRES. Sin embargo...
- CALIXTO. Bueno!
- ANDRES. Hojea
este *Diccionario médico*.
(Le da un libro que está sobre la mesa.)
- CALIXTO. (Hojeando el libro.)
(Amor, como si lo viera!)
Amencia, ¿será con hache? (Á Andrés.)
- ANDRES. Hombre!
- CALIXTO. Bien; será sin ella.
Á ver. (Lee.) «Aftas, amaurósis.»
- ANDRES. Aquí lo tienes. (Indicándoselo.)
- CALIXTO. (Lee, muy contento.) «Amencia:
»fatuidad, estupidez.» (Con desconsuelo.)
¡Falso! (Incomodado.)
- ANDRES. Con todas sus letras.
- CALIXTO. Te digo que no es posible!
Esto es un error de imprenta.
(Tira el libro. Suena el timbre.)
Chico, que ya llama!
- ANDRES. Pronto
despachó el doctor á Petra.
Voy á abrir. (Va á la puerta y abre.)
- CALIXTO. Que no me pille.
(Vuelve á esconderse.)
Me vuelvo á la ratonera.

ESCENA XVII.

ANDRÉS, PETRA y luégo CALIXTO.

- PETRA. Qué médico más adusto!
Jesús! ni me dió receta!
- ANDRES. ¿Qué la dijo?
- PETRA. Ni palabra!
No sé qué habrá escrito en esta
carta. (Enseña la carta.)

- ANDRES El diagnóstico!
- PETRA. ¿Qué?
- ANDRES. El nombre de la dolencia.
- PETRA. Tuve al entrar tres ataques
y ni me atendió siquiera.
- ANDRES. (Te conoció.)
- PETRA. Es una falta
de atención con una enferma.
Vaya! Páselo usted bien. (Vásc.)
- ANDRES. Que usted se conserve buena.
(Y vaya usted á desmayarse
entre aquellos que la crean.)
- CALIXTO. ¿Se marchó?
- ANDRES. Si, se marchó.
- CALIXTO. Gracias á Dios! (Suena el timbre.)
- ANDRES. Se impacienta
el doctor. Las tres en punto.
Dió fin la consulta; espera. (Vásc.)
(Calixto va al balcon y hace señas.)
- PETRA. (Entra leyendo la carta.)
«Los ataques son ficticios.»
¡Ficticios! Que una no sepa!
Quiere usted hacerme el favor?... (A Calixto.)
- CALIXTO. (¡ Gran Dios!)
- PETRA. ¡Don Calixto!
- CALIXTO. Petra!
- PETRA. ¿Cómo está usted? (Con marcada timidez.)
- PETRA. ¿Cómo estoy?
- PETRA. Pues cómo he de estar! Dispuesta
á que no se burle usted
de mí.
- CALIXTO. Petrita! (Me pega!)
- PETRA. Ya que le encuentro á mi gusto...
(Zarandeándole.)
- ANDRES. (Saliendo.) (Adios! Ya se armó la gresca!)
- PETRA. Lo oye usted? (Á Calixto.)
- CALIXTO. Si que lo oigó!
- ANDRES. Señora, por Dios, comprenda
usted que aquí...
- PETRA. Si señor.
- PETRA. Pero ese titerel!...
- CALIXTO. Petra!

- PETRA. No me falte usted, que soy capaz...
- ANDRES. Que está usted enferma y no le conviene...
- PETRA. Es cierto.
Dice usted bien; no estoy buena, si no...
(Se sienta en la butaca en que dejó su sombrero D. Pedro.)
Pero hay ciertas cosas que me excitan... (Levantándose de pronto.)
- CALIXTO. (Viendo apabullado el sombrero.) ¡Mi chistera!
- ANDRES. Señora...
- PETRA. (Aludiendo al sombrero.) Me alegro mucho.
- CALIXTO. (Dios mío! Y estaba nueva!)
(Planchando el sombrero con el pañuelo.)
- ANDRES. Pero hombre... (Á Calixto.)
- PETRA. Calle! El pañuelo!
(Quitándoselo á Calixto.)
- CALIXTO. Justo! Sí, es el mismo!... Vea usted; me dije: lo saco y voy á buscar á Petra para...
- PETRA. Qué cosa más rara!
Vió usted qué coincidencia! (Á Andrés.)
Ya estoy tranquila.
- ANDRES. Me alegro.
- CALIXTO. (Imposible! No hay manera...)
(Tratando de arreglar el sombrero.)
- PETRA. (Á Andrés.) Diga usted. ¿Qué son ataques ficticios, que dice en esta carta...
- ANDRES. (Ah! ya!) Ficticios, son... en fin... aquellos... ó aquellas enfermedades que exigen baños de mar.
- PETRA. Es de veras?
- ANDRES. Ciertísimo!
- PETRA. Voy corriendo.
- PETRA. Abur! (Á Andrés.)
- ANDRES. (Buen chasco te llevas!)
Adios!

PETRA. (Á Calixto, con sorna.) Beso á usted la mano.

CALIXTO. Á los piés de usted.

PETRA. (Desde la puerta y mirando á Calixto.)

(Babieca!) (váse.)

CALIXTO. Jé, jé! (Á Andrés.) Cómo la engañé!

ANDRES. Si eres lo más calavera!

CALIXTO. Ya lo creo! (Mirando el sombrero.)

¡Vaya un lance!

ANDRES. Qué es eso?

CALIXTO. Jé! jé! Estas letras...

Si este sombrero no es mio!

ANDRES. (Fijándose en las iniciales.)

Si es del tío de tu bella!

CALIXTO. ¿Del tío de Inés?

Exacto!

CALIXTO. Qué ocasion se me presenta!

ANDRES. (Mirando al foro.)

Lo ves? Ahí viene don Pedro.

CALIXTO. (Dios mio! que no lo vea!)

(Esconde el sombrero.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y D. PEDRO. Trae puesto un hongo, y en la mano un sombrero de copa.

ANDRES. (Á Calixto.) (Trae tu sombrero, mira.)

PEDRO. Ustedes dispensarán,
pero como soy así
tan distraido, al marchar
llevé este sombrero.

CALIXTO. Es mio!

PEDRO. (Dádoselo.) Pues usted dispense.

CALIXTO. Bah!

Si esto no vale la pena!

Canastos! (Se lo pone y le entra hasta el cuello.)

ANDRES. Qué atrocidad!

CALIXTO. Si no es el mio!

(Dádoselo á D. Pedro, que se lo pone y sucede lo mismo. Al ponérselo, deja sobre una silla el hongo que traía.)

PEDRO. Pues mio

- tampoco!—¿De quién será?
- CALIXTO. Yo iré con usted á casa. (Á D. Pedro.)
- PEDRO. (Después de pensar un momento.)
Ya sé de quién es! De Juan!
- CALIXTO. ¿Qué Juan?
- PEDRO. Juanito! El esposo
de Inés.
- CALIXTO. (Cayendo sobre Andrés.) (Dios mio!)
- ANDRES. (Sosteniéndole.) ¡Agua val!
- PEDRO. Qué le pasa á usted? (Á Calixto.)
- CALIXTO. (Reponiéndose con dificultad.) ¿Á mí?
Nada!... ¿Qué me ha de pasar?
Pues si yo... ¡jé! jé! (Coqueta!)
- PEDRO. Si usted tiene la bondad (Á Calixto.)
de acompañarme.)
- CALIXTO. (Un demonio!)
No, no señor...
- ANDRES. (Á D. Pedro.) Luego iré.
- PEDRO. Que ustedes lo pasen bien.
(Despidiéndose de Andrés.)
- ANDRES. Abur!
- PEDRO. (No vuelvo á olvidar
los sombreros en mi vida.
Tendré un cuidado especial!)
(D. Pedro, con la cabeza descubierta y llevándose
en la mano el sombrero de copa, se dirige distrai-
damente á la consulta. Andrés le detiene y le in-
dica la puerta del foro. Váse.)
- ANDRES. (Á Calixto.) Te has lucido! (Al verle preocupado.)
- CALIXTO. Vaya! Abur!
- ANDRES. Que tenemos que arreglar
una cuenta. (Conteniéndole.)
- CALIXTO. ¿Sí?
- ANDRÉS. Me debes
dos duros.
- CALIXTO. Yo?
- ANDRES. Es natural!
Por tu consulta.
- CALIXTO. (Dios mio!)
- ANDRES. Vamos, hombre!
- CALIXTO. Sí! Allá van!
(Busca el dinero en todos los bolsillos.)

(Suena el timbre.)
(¡Dar dos duros por saber
que padezco fatuidad!)
(Andrés se sienta á la mesa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. ONOFRE, leyendo el periódico.

ONOFRE. Nada! No sale! No acabo
de descifrarla.)

ANDRES. (Viendo á D. Onofre.) ¿Quién? (Ah!)

ONOFRE. Aquí le dejo el periódico.

(Á Andrés, que le contesta con la cabeza.)

(Es mi todo... ¿Si será?

(De pronto.)

Cierto! Sí! No cabe duda!

Por fin, la pude acertar!

(Con la mayor satisfacción á Calixto, que está preocupado, y dándole una palmada sobre el hombro.)

«¡Animal!»

CALIXTO. (Volviéndose muy incomodado.) Eh! Caballero!

ONOFRE. (Con alegría.) La charada es: animal!

ANDRES. (Aliza!)

CALIXTO. Á mí qué me importa?

Tonto! (Á D. Onofre.)

ONOFRE. Sí señor, no hay
quién las descifre tan pronto!

(Suena el timbre.)

ANDRES. (Caramba! vuelta á llamar.)

ONOFRE. Oh! qué gusto! otra charada!

ANDRES. Santo Dios! (Yendo á D. Onofre.)

ONOFRE. (Á Andrés.) Usted verá
cómo la acierto en seguida.

ANDRES. (Al oído y en voz alta.)

Que tenemos que marchar.

ONOFRE. Se la leeré á estos señores, (Al público.)
y ellos la descifrarán (Lee.)

(Al público.)

No hay *pal-co* sin la primera;
y aquel que dice *mamá*

dice dos veces segunda;
es *da* la tercia y no más.
Y si ustedes muchos *todos*
nos dieran como final,
quedaríamos contentos.

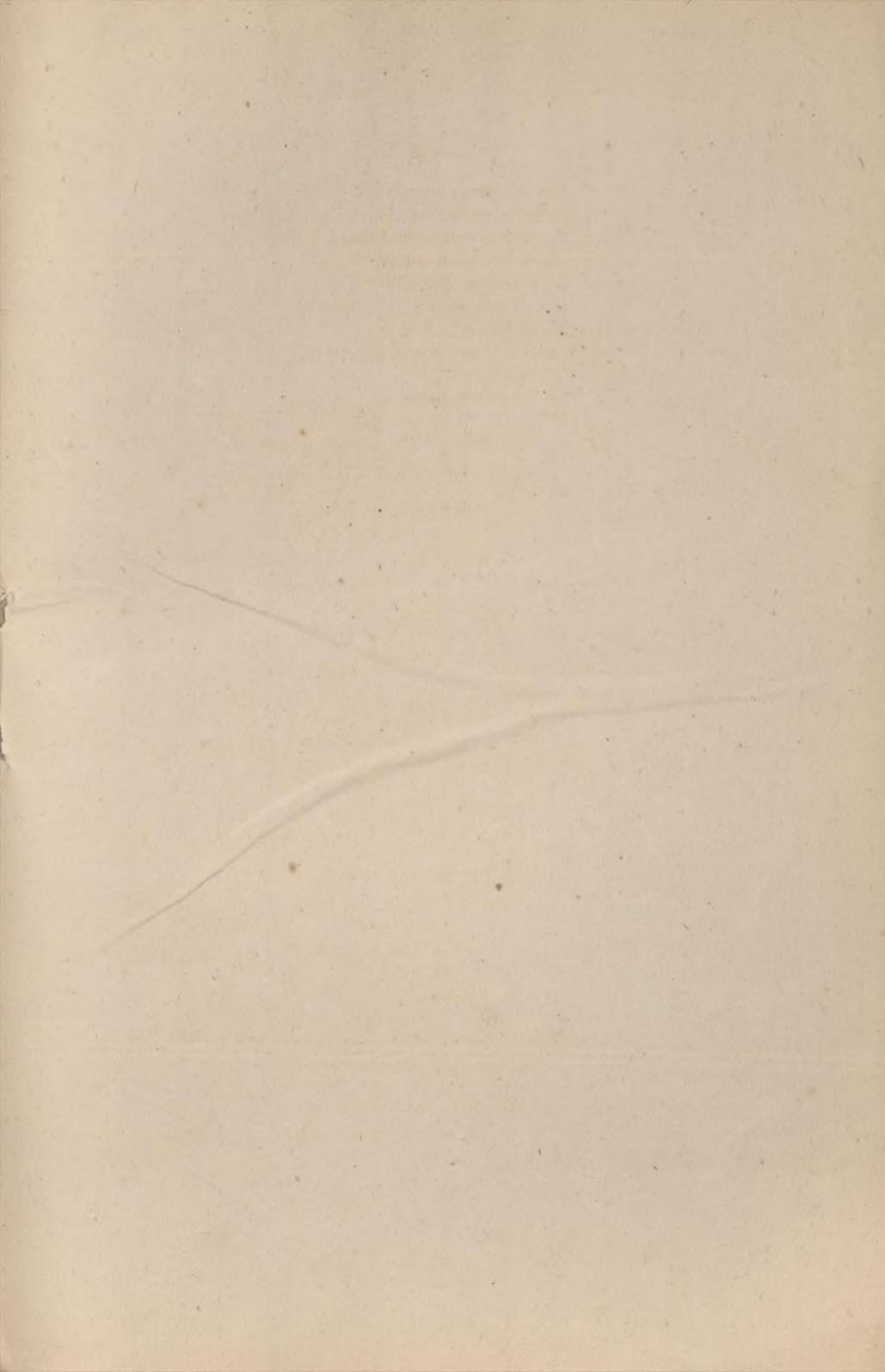
(Calixto tapa la boca á D. Onofre.)

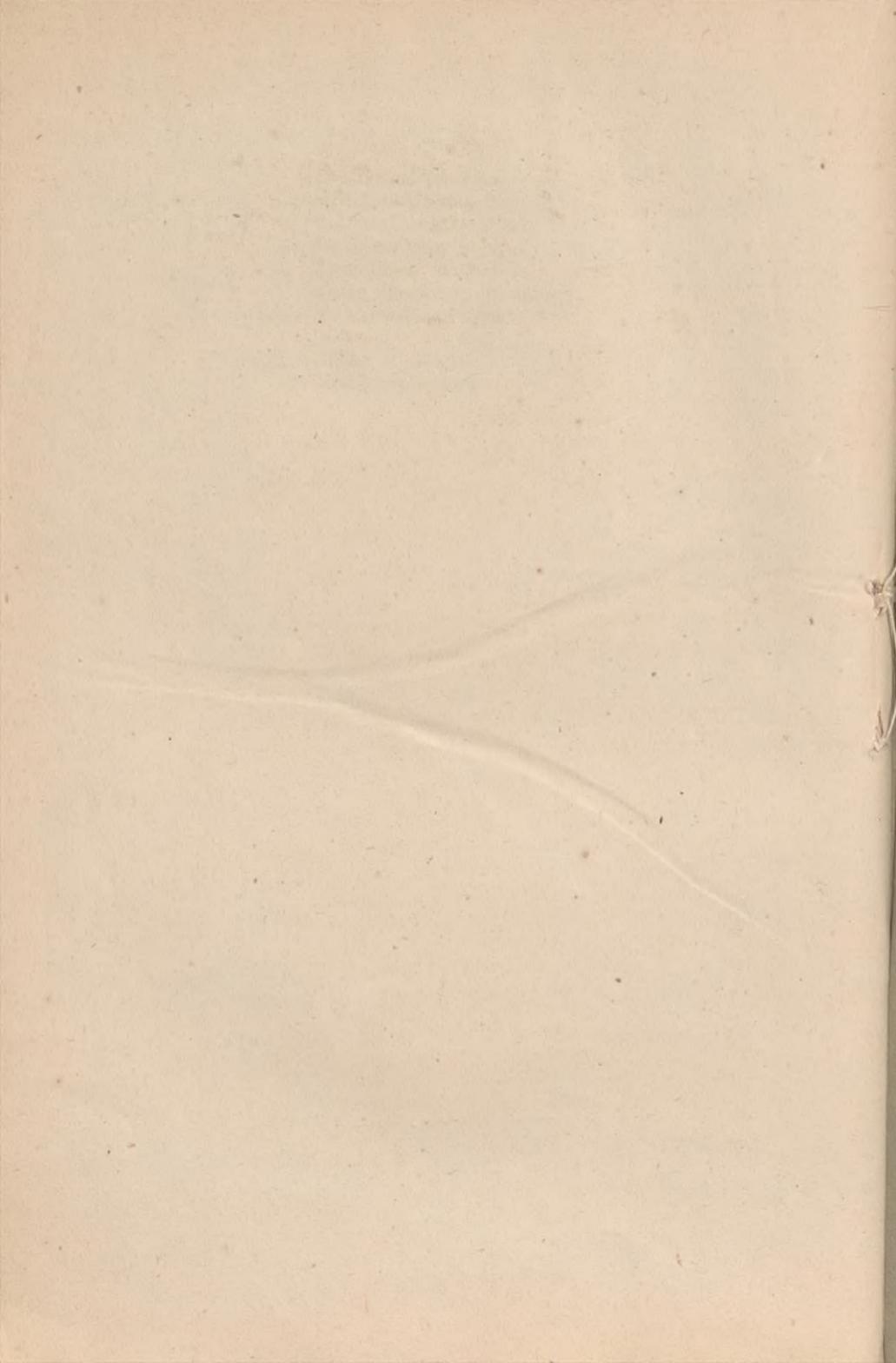
CALIXTO. Ya la descifré: *Palmá*,...

(Andrés le tapa la boca.)

ANDRES. Cállate: la solución
los señores la darán.

FIN





REPORTS

CONTENTS

REPORTS OF THE COMMISSIONERS OF THE GENERAL LAND OFFICE
FOR THE YEAR 1881

CONTENTS

REPORTS OF THE COMMISSIONERS OF THE GENERAL LAND OFFICE
FOR THE YEAR 1881

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.